

# EL CARDENAL PIRONIO

## **TESTIMONIO**

Mamerto Menapace, OSB<sup>1</sup>

SE DICE QUE EL RECUERDO NO CUENTA TANTO LO QUE SUCEDIÓ, CUANTO lo que se vivió. Por eso no creo que sea yo quien pueda añadir demasiados sucesos nuevos a todos aquellos que ustedes ya conocen. Aquí hay personas que han compartido mucho tiempo de su vida con nuestro querido cardenal. Pero en cambio, cada uno de nosotros tiene un montón de vivencias, probablemente únicas, en su relación con el padre Eduardo: como amigo, como padre, o simplemente como maestro que le enseñó a través de sus libros, o sus charlas y homilías. Y es probable que le hayan quedado más grabados aquellos recuerdos que tengan que ver con su propia vida religiosa.

Nacido muy cerca de nuestro Monasterio de Los Toldos, lo recuerdo siendo yo un oblato de 11 años, de sus visitas a los monjes. Me impresionaba porque era un cura piadoso. Daba la impresión de

---

<sup>1</sup> Abad emérito de la Abadía Santa María de Los Toldos (Pcia. de Bs. As., Argentina). El P. Mamerto fue Abad Presidente de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur desde 1995 hasta 2022.

que de verdad creía lo que estaba celebrando. Cosa que no pasaba con todos los que nos visitaban. En aquellos años todavía se le daba bastante importancia al *ex opere operato*, y muchas misas, sobre todo privadas, se terminaban cómodamente en un cuarto de hora, para alegría de nosotros los pequeños monaguillos. El Padre Eduardo en cambio, celebraba con mucha fe. Y aquí les arrimo un recuerdo que me quedó muy fuerte en mi vida. El 6 de agosto del año 1980, siendo ya Cardenal prefecto de la Congregación de religiosos, me confirió la bendición abacial en mi monasterio. Una hora antes de la ceremonia, se retiró a una capillita privada para rezar y prepararse para la celebración. Yo le había pedido para confesarme y me mandó decir que lo buscara allí. No fue muy extenso. Me escuchó con esa profunda atención con que lo hacía con todos, y después de darme la absolución me miró a los ojos y me dijo:

- ¡Creé en la gracia que vas a recibir!

Muchas veces, en los años que siguieron, volví a necesitar este consejo. Y aquella frase me sirvió de apoyo. Y su fuerza nacía de su propia experiencia espiritual: era un hombre que creía hondamente en lo que enseñaba y celebraba.

Había una palabra típicamente nuestra, que él usaba a menudo. La palabra: **tironeado**. Incluso la usó, así en castellano, sin poderla traducir, en el retiro a la Curia Romana, cuando aún era obispo de Mar del Plata. Quizás en esto se parecía mucho a Pablo VI, quien lo invitó a ser un colaborador muy cercano, compartiendo la última etapa de su vida. A ambos Dios les había regalado un corazón fuertemente contemplativo, para luego llamarlos a un exigente compromiso pastoral en la Iglesia. De ahí el tironeo. Como sucede con las cuerdas de la guitarra. Uno de sus extremos se ata al puente con un tipo de nudo, que cuanto más se tira, más fuerte se agarra. Y luego desde el otro extremo, la clavija comienza su propia exigencia. Y la pobre cuerda

comienza a ponerse tensa, y va poco a poco subiendo su tono al ser pulsada. Hasta que finalmente, queda tironeada entre ambos extremos para poder dar su tono específico e irremplazable en el acorde final.

Diría que Dios le regaló un corazón contemplativo, y luego lo llamó siempre a comprometerse en la acción directa de servicio a la Iglesia en tareas cada vez más exigentes. Tal vez fuera esa nostalgia de base lo que le permitió tener una profunda comprensión de la vida consagrada. Y dentro de ella incluso de la vida monástica. Cuando hablaba a los religiosos, no solo lo hacía con convicción y entusiasmo, sino que siempre iba a lo esencial. Podía tratarse de algo tan familiar como el inicio del noviciado de una monja de clausura, o de algo tan trascendente como del Capítulo General de los Trapenses. Su sentido de Iglesia, y su intuición teológica del carisma, lo llevaban a resumir en los clásicos tres puntos, lo fundamental de su mensaje. Hablaba como hombre de Iglesia a quienes sentía como parte de la Iglesia. Y simultáneamente sentía como una gran ausencia el no tener una iglesia concreta de la que ser pastor, a la manera como lo había vivido tan intensamente en su querida diócesis de Mar del Plata. En el caso de la vida monástica, en concreto, nos quería ver dentro de la Iglesia como comunidades orantes, fraternas y comprometidas. Y comprometidos no solo con la Iglesia *ad intra*, sino con el mundo en sus sufrimientos, angustias y esperanzas.

Quizás este tironeo entre nostalgia y compromiso haya sido una de las fuentes de donde sacaba esa fuerza de convicción tanto cuando nos hablaba de la intimidad de la oración como cuando lo hacía sobre la acción comprometida con los hombres. Los historiadores dicen que algo parecido le sucedió a San Gregorio Magno, quien queriendo ser monje terminó siendo Papa, pero sin dejar de añorar su vocación primera. Y según nos cuenta el mismo santo en su primer libro de los *Diálogos*, conservó en Roma: **un lugar amigo de sus tristezas**, donde

solía ir a refugiarse cuando lo apretaban los sinsabores de las exigencias pastorales. Fue allí precisamente donde escribió sus cuatro libros con los que tanto colaboró en dar a conocer a la Iglesia de su tiempo la vida de los monjes de las cercanías de Roma. También el Cardenal Pironio tenía repartidos por el mundo varios de esos lugares, amigos de sus nostalgias: monasterios que le dieron acogida e intimidad de oración en los momentos fuertes de su vida. Uno de ellos fue la Trapa de los monjes de Azul, y otro el de las monjas benedictinas de Santa Escolástica.

El escritor trapense Padre Thomas, en el prólogo de uno de sus libros sobre la oración, cuenta la impresión que él mismo tuvo cuando al visitar la Trapa de Azul, conoció allí a un obispo que estaba de huésped y que se pasaba las horas arrodillado frente al Sagrario en oración silenciosa. Y este trapense, experto en el tema, confiesa que al verlo, se preguntaba intrigado:

- ¿De qué estarán hablando estos dos (Pironio y el Señor) durante tantas horas?

Quizás aquellos que lo han conocido más de cerca, por haber convivido durante años con él, podrían contarnos el secreto de muchos momentos semejantes. Porque era precisamente de esta experiencia en su propia intimidad, de donde sacaba la fuerza de convicción para hablarnos a los religiosos sobre la oración, la amistad y el compromiso.

En síntesis: su corazón de consagrado, aún permaneciendo un auténtico sacerdote del clero, le permitió sentirnos muy cerca suyo a todos los religiosos. Y a nosotros el sentirlo a él como un hermano más. O mejor, sentirlo como lo que siempre quiso ser: un PADRE.

+ Mamerto  
monje de Los Toldos